



# Cosas imposibles

Cuentos fantásticos y de terror

LIBROS Y CASAS

*“¿Existen preferencias por algunas obras, cuentos o relatos?”*

*Siempre las hay: un relato ‘Ágata’, por ejemplo, sobre una niña amnésica que podría recordar pero prefiere que no”.*

Entrevista de Laura Rosso  
a Patricia Suárez.

## **Patricia Suárez**

Rosario, 1969

---

Escritora y dramaturga argentina. En 2003 ganó el Premio Clarín de Novela por *Perdida en el momento*. Desde 1997 coordina talleres de narrativa, literatura infantil y dramaturgia en instituciones educativas y centros culturales. Sus relatos figuran en numerosas antologías nacionales e internacionales. En los últimos años se han puesto en escena varias de sus obras de teatro.

# Ágata

---

*... yo vivía allí tan exitosamente disfrazado  
ante mí mismo de niño.*

James Agee

C UANDO ELLA BAJÓ DE LA CAMIONETA Y LOS VIO A todos temblorosos como una hilera de álamos mecida por el viento, de pronto casi supo por qué los había olvidado. El hombre flaco que conducía y decía ser *papá* le abrió la puerta y la ayudó a bajar. Hizo una seña a los demás, que ella no pudo ver porque el hombre estaba detrás de ella. Todos parecieron tranquilizarse al ver la seña. La primera en acercársele fue la mujer obesa; tenía el cuerpo como una pava, y él la abrazó llorando y la besó en la boca y la palpó como si quisiera reconocer la consistencia de su carne: cuánto y en qué partes había adelgazado. Le caían las lágrimas sin que pudiera impedirlo, a la vez que murmuraba con voz pastosa y desesperada: *Mi chiquita, mi chiquita; olía a pan, a blanco de puerros recién cortados.* Ella no supo qué hacer, respondió al abrazo

como hubiera respondido a una esquila en que la invitaban a un casamiento a realizarse en un lugar demasiado lejano. Después, la mujer gorda, que era *mamá*, se separó un momento de ella y vino lo que pareció una tromba marina levantando peces del lecho: dos muchachas, una que aparentaba ser mayor que ella y la otra, que apenas le llegaba a la otra al hombro, era sin duda la menor; eran *la hermana mayor* y *la hermana menor*. La mayor la miró a los ojos profunda y doloridamente; la menor, en cambio, fue reticente con ella: la desesperación de la madre acababa de probar que la recién venida era la *hija* preferida. Después se reunió alrededor de ella el grupo de ancianos y personas mayores que la abrazaban y la besaban, a veces llorando o riendo entre los lloros, y aunque ella hizo el esfuerzo de encajar el nombre de cada uno con su rostro, según cómo la había adoctrinado el hombre que era *papá*, se le volvió imposible. Confundió al que decía ser *tío Jorge* con el *vecino de al lado*, el agrimensor. Nadie parecía entender que ella no los recordaba; nadie se había tomado el trabajo de advertirlos.

La madre la llevó hasta su cuarto, una habitación pintada de rosa pálido, con una cama cucheta contra una pared, un *boudoir* y un espejo de medio cuerpo para contemplarse contra la pared oeste. Había una muñeca de trapo sobre cada cama; estas muñecas tenían el tamaño de una chica de seis años. *Mamá* le explicó que ella dormía anteriormente allí con Nerea, *la hermana menor*, pero que por esos días Nerea había mudado sus cosas al dormitorio de la otra *hermana*, *la mayor*, Sofía, porque supusieron que ella querría estar sola. ¿Quería ella o no estar sola? Porque si prefería,

\_\_\_\_\_ **Boudoir**  
Mueble con  
espejo para  
arreglarse.

la madre misma podía quedarse a pasar las noches con ella hasta que se acostumbrara a su antigua casa. Ella murmuró que no hacía falta, que estaría bien. Junto a la mesa de luz había una fotografía suya en un portarretratos, de unos pocos años atrás: cabalgaba un rosillo y sonreía. *Mamá* notó la intensidad con que ella miraba la fotografía, y le acarició el cabello, le dijo que todo iba a andar bien, que fuera lo que fuera que sintiera por dentro de ella con respecto a los demás se iba a arreglar, que no tuviera miedo, recalcó, que ella no debía tener miedo nunca. Ella asintió y entonces *mamá* preguntó cómo la llamaban allá y ella respondió Ágata. *Mamá* le recordó que ella en realidad se llamaba *Emma*. Le preguntó qué sentía al saber que se llamaba *Emma*, si no le venía algún vago recuerdo, alguna imagen. Ella negó. ¿Cómo, preguntó entonces *mamá*, te llamaron Ágata cuando llevabas un dije colgado al cuello con la letra E?. Ella le dijo que no podía entenderlo tampoco: cuando llegó al pueblo, la gente le preguntó cómo se llamaba y ella dijo que no lo sabía, y un tiempo después decidieron llamarla Ágata –porque a una Ágata famosa le pasó lo que a mí, explicó– y que a ella le gustaba la sonoridad de ese nombre propio. ¿Te gustaría que te llamáramos Ágata sabiendo que tu nombre es *Emma*?, la consultó *mamá*. Ella temió responder y defraudar a esa mujer gorda que era tan cariñosa y atenta con ella, de manera que susurró, apenas audible: Ágata suena bonito. Nunca supo si la mujer obesa que era *mamá* la había escuchado.

Usó la cama de abajo porque era la que al parecer tenía el colchón más suave y los muelles más silenciosos, y como no podía conciliar el sueño, trató de contar ovejas: contaba hasta cuarenta o cincuenta imaginándolas tal

como las había visto en el sur y luego perdía la cuenta, pero no caía dormida en lo más mínimo. A la medianoche o poco más tarde, *la hermana menor* –la que se llamaba Nerea, aunque quizá fuera Sofía, porque a ella aún se le confundían en la cabeza sus nombres– entró en la habitación y sacó algo de un cajón, unas medias blancas o tal vez fuera un pañuelo; ella cerró los ojos apretándolos muy fuerte, haciendo de cuenta que estaba dormida. *La hermana menor*, la de ojitos duros de ratón, se acercó y puso su rostro muy cerca del de ella, tanto que se podía olerlo (olía a unas frutas difíciles de determinar, algo semejante al durazno o mezclado con el durazno), en voz muy baja, le preguntó: *Emma*, ¿estás fingiendo? ¿Estás fingiendo? No tenés que fingir cuando estás conmigo. *Emma*. *Emma*. Ella abrió los ojos y se quedó mirándola sin comprender del todo el significado de sus palabras, y esta falta de comprensión puso en su mirada un aire helado, tanto que *la hermana pequeña* se marchó, desairada. *Mamá* oyó los pasos de la hija andando de una habitación a la otra, se disgustó porque temía que algo funcionara mal y ella no lo hubiera previsto, y dijo: ¿Quién anda ahí?, y *la hermana menor* tuvo que contener la rabia y hubo de envalentarse para contestarle: No es nada, *mamá*, soy yo. Me olvidé los soquetes. Bueno, dijo *mamá*, no hagas más ruido. Pero *mamá* ya había perdido el sueño para ese entonces, y ella la oía debatirse en la cama por los ruidos que hacían los muelles. Se puso a conversar con el hombre flaco, de vientre hundido, que decía ser *papá*; hablaban en susurros, como si rezaran. A ella le llegaban ráfagas de susurros ininteligibles y de cuando en cuando alguna que otra palabra. *Mamá* preguntó a *papá*: ¿Creés que la persona

con la que estaba la habrá...? y él respondió: No sé; era un hombre muy viejo, no creo que se haya atrevido. La mujer obesa ahogó un sollozo: ¿Y cómo vamos a saber? ¿Nos odia? ¿Volverá a ser la misma de antes? ¿Volverá...? La mujer se sonó la nariz con gran ímpetu, y el sonido le hizo un poco de gracia a ella, tendida en su cama y desvelada también; un momento después *mamá* resoplaba: ¡Ay, ya estoy sangrando! y *papá* la regañó: No tenés cuidado al sonarte. Prendieron una luz y luego la apagaron, y ella sintió que le llegaba ahora su querida oscuridad al fin y le dio la bienvenida. En el escenario de su sueño, el viejo pasaba en puntas de pie: una sombra sigilosa.

Habían sido siete horas las que viajó en un camión hasta que se quedó dormida y es de suponer que el camión avanzó muchos kilómetros más por la ruta, siempre hacia el sur, durante su sueño. El camionero la bajó de un golpe a kilómetro o kilómetro y medio de un pueblo, había un cartel verde a la entrada con la leyenda SACRAMENTO. Era mediodía, y decidió quedarse por simpatía con el clima seco o porque estaba desolada y su cuerpo no daba para seguir más adelante, tenía ampollas en los pies y le parecía que una o dos costillas estaban quebradas, las flotantes probablemente. Nada estaba en su sitio, según pudo comprobarlo, ni la sombra, ni la luz, ni siquiera los gorriones chillones, y toda ella se impacientaba. Se quedó a un costado de un caminito, bajo un sauce, desde donde veía la plaza principal del pueblo, una capilla y la estafeta de correos. De cuando en cuando pasaba un alma y se detenía a mirarla, porque no la conocían y no salían de su sorpresa al verla en ese estado, con el cuerpo magullado y la ropa rota. Al cabo de un rato, un grupo de seis o siete

personas se reunió junto a ella, y la interrogaron, qué le había pasado, por qué estaba así, si necesitaba algo, cómo se llamaba. Y ella respondió que no sabía nada de sí misma y no pudo explicar si es que nunca había sabido y esta ignorancia recién ahora se le revelaba o si este no saber consistía, precisamente, en ser una persona. La llevaron a casa de una solterona, a menos de media cuadra, le dieron de comer y la hicieron tomar un baño; le procuraron ropas limpias aunque con olor a naftalina porque eran de la solterona cuando joven y aún conservaba sus esperanzas. Discutieron si debían o no dar parte a la policía y ella suplicó que no, como si fuera una rea de la Justicia o como si hubiera cometido una falta que esperaba expiar en ese inhóspito paraje. La solterona se apiadó de ella y decidió que era una joven díscola, que deseaba cambiar sus maneras o su conducta –y para cambiar es primordial cambiar de aire–, que había huido de su hogar, tal vez enfrentada con los suyos, pero que se notaba a la distancia que era una buena persona. Era una joven robusta y los podría ayudar en las tareas de la casa o del campo; era tan alta y crecida que estimaron que tendría unos dieciocho años: a nadie se le pasó por la cabeza que podía ser una menor, y menos aún, que tenía tan solo catorce años. Fue la solterona quien, animada por las luengas lecturas de novelas de suspenso, tuvo la ocurrencia de llamarla Ágata, porque algo por el estilo le había pasado a una Ágata famosa de las letras, y todos aprobaron la musicalidad del nombre y ella también: le gustaba tener un nombre ahora que había dejado atrás todo lo suyo. Vivió cuatro días con sus noches con la solterona, en un cuarto que la mujer había



preparado en sus años mozos para los bebés que el destino le deparara; había cortinas con visillos de encaje y polvo, sobre todo polvo, en el aire. La solterona la hizo coser vestidos y overoles para la gente del pueblo (había unas míseras minas de cobre más al oeste y los mineros siempre andaban necesitados de vestimenta), pero ella no era hábil con las manos, de manera que la mujer se irritaba con gran facilidad cuando comprobaba su torpeza, platos rotos en el intento de lavarlos, y las medias de muselina zurcidas con las puntadas con las que se cosería un matambre. Evitó cuidadosamente enojarse con ella, y le preguntó entonces qué cosas le gustaría hacer para ganarse la vida; no había en Sacramento tiendas donde pudieran emplearla, a lo más podían enviarla a la falda de la sierra, donde podía serle útil al viejo Cósimo, su cuñado. Criaba ovejas y ahora estaba muy ocupado porque era el tiempo de las pariciones; tal vez podía darle una mano. Ella aceptó y al día siguiente, apenas despuntó el sol, la solterona la mandó montaña arriba a lo de su cuñado.

En la mañana, *mamá* le llevó un florero con fresias al cuarto donde ella descansaba, para alegrarlo con sus colores, y descorrió de un solo impulso las cortinas para que entrara el sol, porque, dijo *mamá*, donde entra el sol no entra el médico. Estaba cantando o tarareando una tonada, una canción sobre corceles y cascabeles que ella desconocía por completo. Le acercó las flores a la nariz y ella comprobó que solamente las fresias amarillas tenían perfume; las blancas, las rosadas y las liláceas no lo tenían, ya fuera porque se resistían o porque no ponían empeño en dar algo de sí mismas. Momentos después, *mamá*

le trajo el desayuno a la cama: café y mermelada de naranja –*mamá* dijo que la naranja era su fruta preferida, pero ella tampoco podía recordar esto– para untarla sobre gruesas rebanadas de pan de campo. Le explicó que ella no debía preocuparse por nada, ni por asistir a la escuela ni por nada, que podía estar en la cama todo el tiempo que quisiera hasta que se sintiera restablecida porque *mamá* la veía muy española, expresó; ella no supo en ese preciso instante qué significaba la expresión “muy española”, pero infirió que era un modo de *mamá* para decir “enferma”. Ella temió ofenderla aclarándole que ni estaba enferma ni tenía deseos de quedarse quieta, y se calló por respeto a esa mujer obesa que decía ser *mamá* y en menos de veinticuatro horas, desde que la viera llegar, se había puesto juvenil y cantarina como una quinceañera. Ella permaneció en la cama hasta las once de la mañana, aburrida, con el aire que tiene un transatlántico anclado en el puerto y que espera la visa del país para partir. Vio a sus *hermanas* pasar cargando dos canastos enormes en los que iban metiendo la ropa negra de la que, al parecer, querían deshacerse: habían guardado luto por ella, dedujo, y ella no supo si debía sentirse o no honrada. *Mamá* volvió como a las once y cuarto, se sentó en la cama junto a ella, y le acarició la frente con una mano áspera, de gente que trabaja muy duro. Traía un álbum de fotografías, que le dejó para que ella contemplara, y segundos después se retiraba con pasos breves, pícara, sigilosamente: tenía un aspecto tal de duende que acaba de cometer una travesura que a ella le suscitó una oleada de algo no exactamente igual pero semejante al cariño. El álbum olía a

cebollas crudas y a rábanos y estaba forrado con felpilla y a uno no se le iban las ganas de pasar la mano por encima de las tapas a cada ratito. Ella lo abrió y contempló con prisa las fotografías en blanco y negro: las primeras no despertaron su interés (*mamá* de trajecito inglés y capelina blanca y *papá* con traje brillante, casándose delante de un cura; ella y las *hermanas* de bebés en la pila bautismal), y solamente se detuvo en las últimas, que eran ya fotografías en color: ella y sus *hermanas*. De *la menor*, no podía prácticamente decir nada, era evidente que había salido a la madre: gorda, con la cara redonda como una luna, la nariz chata, los ojos oscuros; pero *la mayor* se parecía a ella a un punto tal que cuando estaban una al lado de la otra en una fotografía era imposible identificar cuál era cuál: flacas, con piernas de cigüeña, el cabello ensortijado, y un corte de cara especial, hexagonal, que parecía, según ella veía en el álbum, una marca de familia por la parte del padre. Había tenido poca oportunidad de observar atentamente a *la hermana mayor* y sin embargo desde el primer momento recibió el impacto del parecido. Había una mujer más con este extraño rostro hexagonal y pelo ensortijado, que aparecía en las primeras fotografías, las de blanco y negro, sosteniendo a *la hermana menor* en una iglesia, probablemente era su madrina; debajo decía: Tía Marta con Nerea, 1977. Estaba segura de que si hurgaba en más imágenes del pasado familiar, acabaría por encontrar más parecidos físicos entre *los parientes* y ella. Ella pertenecía a esta familia, ya no cabía duda; no sintió alegría ni tristeza de saber que este era su lugar en el mundo, junto a esta gente por la que no sentía ningún

tipo de aprecio, más bien la embargó en ese momento una especie de timidez, y la creencia de que ella en realidad los estaba estorbando.

Cenaron muy tarde, *papá* sentado a la cabecera de la mesa, y las mujeres a los lados. Había una señora mayor — que había cocinado amarillitos fritos y ahora los servía, y tenía especial atención cuando se acercaba a ella porque, decía, había sido su *nana* y no podría quererla más si ella hubiera sido una hija propia. Ella miró inquisitivamente a su *hermana mayor* y eran lo que vulgarmente se llama “dos gotas de agua”; se preguntó entonces si no habrían sido gemelas, y si ella no sería una gemela extraviada, pero todos decían que hacía cinco meses que faltaba de casa, cinco meses, no toda una vida. Casi no conversaban ni con ella ni siquiera entre ellos mismos y ella no supo dirimir si se debía a que su presencia los inhibía o si era que ellos eran más bien de carácter seco. *Papá* comunicó que en cuanto ella se adaptara harían una especie de fiesta, él asaría un lechón e invitarían a los *tíos* y los *primos*, a toda la *parentela*, e incluso a gente del pueblo. El padre pensó que ese era el mejor modo de celebrar que ya hubiera pasado lo peor: la pérdida de Emma para empezar, las peleas continuas con su mujer a causa de Emma, precisamente, la reticencia de sus otras hijas. Se reprochaba a sí mismo no tener más hijos, no haber convencido a su mujer de traer al mundo a otros dos críos más: tal vez alguno le hubiera salido hombrecito. Él mismo pertenecía a una casa en que abundaban las mujeres y su madre había enviudado pronto — cuando era un chico, los compañeros de la escuela se burlaban de él por afeminado— de manera que él venía

Amarillitos

Plátanos.

sabiendo que las mujeres eran peores que las mulas o las cabras y no debería haberse asombrado de nada. ¿Por qué se había ido la chiquita? ¿Qué había pasado? Su mujer lo culpó a él, porque él nunca estaba en la casa y las chicas necesitaban un padre y no una figurita en la lontananza montado en un zaino y que hiciera las veces de padre. Tal vez él hubiera debido pegarle a su mujer de cuando en cuando, casi como una práctica, como una purga; había hombres que lo hacían pero a él le temblaba la mano de solo pensarlo; su mujer, aun cuando le era odiosa, seguía teniendo la misma mirada de venado de su juventud, y a la hora del reproche, cuando él se sulfuraba, ella revoleaba los ojos y parecían los de un animal a punto de ser sacrificado; nunca hubiera podido levantarle la mano. El escándalo solía ser porque su mujer pretendía de él que anduviera entre ellas como un león furioso y se la pasara a los escopetazos ahuyentándoles a la hija mayor y a la del medio los mocositos que las rondaban, con quienes andaban ya en amores. Y él prefería el caballo a hacer el ogro, porque de una mujer se puede prescindir, más todavía cuando se llega a cierta altura de la vida, pero del caballo, ¿cómo? Había tratado de inculcarles a las hijas el amor por los caballos y les había enseñado a montar y a saltar vallas cuando eran niñas, pero en cuanto se hicieron señoritas, la madre las apartó de él porque temía que perdieran el virgo cabalgando. Solamente la más chica iba con él de cuando en cuando, mas había entre ellos una suerte de abra que ninguno de los dos podía atravesar para comunicarse con el otro. A pesar de los silencios, sin duda su hija menor era la luz de sus ojos; ahora tenía once

---

**Abra**  
*Camino  
abierto entre  
la maleza.*

años y era muy niña todavía, pero él nunca iba a permitir que su mujer se la arrebatara como había hecho con las otras; a esta él la iba a defender hasta la muerte.

La *hermana mayor*, cuyo nombre era Sofía y ella trataba de no olvidar (un par de veces la había llamado María por error), la invitó a dar un paseo hasta el bosquecito. *Mamá* no vio con buenos ojos la idea del paseo y se ofreció a acompañarlas, pero *papá* la contuvo sujetándola del brazo, asegurándole que *la hermana mayor*, Sofía, sabía cuidarse sola y cuidaría de ella, *Emma*. (Ella no quería llamarse *Emma* pero no podía impedirlo). *Mamá* se opuso terminantemente, las dejaba ir únicamente hasta el senderito ahí afuera de la casa y ni un paso más allá; *papá* no agregó una palabra más ni la contradijo. Afuera había una luna larga, que parecía un recorte de uña, y Sofía la llevaba del brazo, hacia la zona luminosa del senderito bajo el claro de luna y oían a los grillos machacar su cri-cri como si no hubiera otra cosa mejor para hacer en todo el mundo. De pronto a ella empezaron a dolerle los grillos tal como decía el viejo que le dolían las coyunturas de los huesos en los días de humedad: ella se imaginó que era la misma clase de dolor. *La hermana mayor* parloteaba sobre muchachos y sobre un baile al que pensaba ir ahora que ella había vuelto y no había que estar escondiéndose más de la gente ni haciendo buena letra para evitar las habladurías del pueblo: *mamá* le había prometido pedir a la *abuela Rosita* su vestido de seda blanca para reformarlo, aunque, preguntó: ¿Cómo le sentaría en verdad el blanco teniendo las *caderas* como las tenía? Ella la miró sin comprender del todo la pregunta; ¿qué era exactamente la palabra “caderas”? ¿Estaba la *abuela Rosita* el día que ella llegó? ¿Cuál era? En el pecho de

la *hermana* brillaba un dije de oro con la letra “S”. Algo de esta incomprensión se traslució en su rostro porque la *hermana mayor* se mordió arrepentida los labios hasta dejarlos pálidos, y cuando los soltó había quedado sobre el labio inferior la marca de sus dientes. Había visto a su hermana Emma exactamente cinco meses atrás saltar de la ventana de su cuarto mientras Nerea dormía, y la había visto correr por ese mismo senderito de piedras, descorrer la tranca y salir corriendo, y ella no la había delatado por dos razones específicas: primero porque pensaba que su hermana iba a encontrarse con Lucio, el chico que le gustaba y que vivía con los Álvarez al otro lado de la vía; y segundo porque ella misma había hecho muchas veces un recorrido similar para encontrarse con uno u otro chico en el bosquecito, carrera que había contribuido no poco a acrecentar su mala fama. Sin embargo, cuando transcurrieron los días y su hermana no volvía, Sofía hubo de denunciar lo que había visto y el chico con el que supuestamente se había encontrado Emma fue objeto de arduos interrogatorios por parte de la familia y de la policía. La madre había culpado a Sofía por la fuga de Emma: ella, dijo, le había enseñado a andar en malos pasos. ¿De Lucio sí te acordás?, preguntó su *hermana mayor* y ella puso una cara que parecía de mosquita muerta y negó con la cabeza. La hermana, ofuscada y alimentando su paciencia, refunfuñó: ¿No tenés curiosidad por saber quién sos vos misma?

Ella, ebria de amargura, respondió: No.

El viejo estaba en el centro del rebaño cuando ella llegó, y le pareció el rey de los zopilotes andando a grandes zancadas por su reino. Era un total de veinte ovejas aproximadamente y unos cuantos carneros,

---

Zopilote  
Ave similar  
al buitre.

y se oía el cencerro de la madrina sonando como si estuviera llamando a misa. Había un perro flaco y canelo, el pastor, en cuyos rasgos se evidenciaba el lobo como un antiguo ancestro. Ella se presentó y dijo: Me llamo Ágata; no le contó todo el asunto de que había perdido la memoria porque hubiera resultado un engorro, y se inventó un apellido, Pérez, ya que ¿qué otro apellido es más común que Pérez en español?; también le dijo que la mandaba la solterona, que pensaba que ella podría resultarle útil allá arriba. El viejo asintió dos veces con la cabeza como si no se lo creyera del todo o como si se le hubiese aparecido un ángel y a ella le dio la impresión de que el mentón podía quedársele pegado en el pecho a fuerza de asentir. La hizo pasar a la casa, que era toda de madera y tenía dos habitaciones, la cocina y la pieza del viejo: la letrina estaba fuera y para ir allí en invierno había que emponcharse y andar muy rápido, por eso el viejo recomendaba no beber nada después de las cinco de la tarde, para no tener urgencias durante la noche. El viejo buscó con los ojos un rincón donde poder acomodarla; armaría una cama a un costado de la cocina, muy cerca de la mesa de roble patinada por el tiempo, y de una especie de *resoir* que hacía las veces de altarcito, donde el viejo ponía cada día una vela a la difunta esposa muerta casi cincuenta años atrás, Alma. Para hacer espacio quitó a una oveja enclenque que estaba acomodada cerca del fuego, la echó silbando chuz chuuuuf y la oveja salió, un poco cabizbaja, como un perro. Eran ovejas pampa que los ancestros del viejo, recién venidos de Gales, habían cruzado con las cara negra para que dieran mejor carne y no sufrieran los embates del clima ni su sequedad. El viejo quería a sus animales pero no era



cariñoso con ellos. No era cariñoso casi con nadie, según pudo comprobar ella; desde que había quedado viudo solo se había acercado a una mujer, su cuñada, la que ella llamaba la solterona aunque tenía un nombre también, y era Lía; acercamiento que no resultó y luego el viejo se encogió como lana en agua hirviendo y ya no quiso saber nada de compañías. Venía un muchacho, día sí, día no, Irineo, corpulento y fuerte, con espaldas anchas como costales de harina y brazos cruzados de venas gruesas que parecían lombrices pálidas; llegaba montado en una mulita baya. A ella le gustaba ese muchacho pero él no le hablaba directamente y jamás la miraba a los ojos. Al comienzo, el viejo la puso a hacer las cosas de la casa, barrer y preparar una especie de guiso grasoso que ella apenas podía tragar. Poco a poco le dio tareas relacionadas con las ovejas, llevarlas a pacer cuando Irineo no estaba, cuidar de las hembras paridas o alimentar un cordero que la madre se negaba a amamantar dándole mamaderas de leche de vaca muy cocida, con bastante nata y un huevo batido dentro; cuando llegó la esquila, en la primavera, le enseñó a hacerlo; lo ideal era quitar la lana en unos tres minutos, pero ella tardaba más, era muy torpe con las manos. Una vez, estando con el rebaño en un montecito, vio a lo lejos un guanaco relinchando y con ganas de acercarse. Ella tuvo miedo y pensó en salir corriendo con los animales que pudieran seguirla, sin embargo las ovejas permanecieron muy plácidas, balanceando y contemplando el guanaco a la distancia como a un adorado dios pagano. En las noches, el viejo preparaba una especie de ponche con caña y frutos del bosque, que tomaban los dos, y la hacía leerle en voz alta la Biblia, siempre el mismo libro: un fragmento del Eclesiastés que los dos

escuchaban y disfrutaban, ella porque nunca había oído palabras semejantes antes (o no las recordaba). Él, extasiado, la miraba leer de una manera tal que ella no podía descifrar si había deseo o angustia en esa mirada. Los domingos, como el viejo era reacio a bajar al pueblo para ir a misa –aunque le daba a ella la libertad de hacerlo– asaba una pierna de cordero (de los corderos muertos en octubre, que eran los más sabrosos), cuidando que no se quemara ni se chamuscara y ella cortaba papas y cebollas y las cocinaba en una cacerola de hierro. Ella siempre disfrutaba de esa comida, aunque cuando pensaba en el animal que habían muerto, el bocado se le quedaba atragantado en la mitad de la garganta y no había sorbo de vino que pudiera bajárselo. El viejo se le reía en la cara; era él el matarife de sus propios animales y le había enseñado a ella como debía hacerse, pero ella no se atrevía. El viejo le dijo que no era necesario que aprendiera a hacerlo en ese momento; sin embargo, alguna vez iba a tener que aprender a matar corderos, hasta lo más doloroso debe uno aprender a hacer en la vida. Ella oraba para que no llegara ese momento. En noviembre, cuando los corderos buenos todavía no podían matarse porque no era la época, el viejo le cambiaba a Irineo alguna oveja o hasta un carnero por una pieza de ñandú que el muchacho cazaba, aunque el viejo no lo llamaba ñandú cuando comerciaba sino choique, como los indios. La ponía a ella a desplumarlo y después hacían la pechuga o la picanilla en guiso y el viejo asaba la rabadilla y se la comía con la premura de quien se atraca con golosinas. De cuando en cuando, Irineo les traía huevos de choique: con uno solo bastaba para hacer una tortilla babosa que a ella le daba arcadas pero que el viejo y el perro disfrutaban a

más no poder. Detrás del retrato de la difunta estaba pegada la receta de una torta negra típica de Gales (en la receta decía *Teissen ddu*) que no lleva leche, y ella la quiso preparar para sorprender al viejo. Estuvo más de una semana haciéndose traer por Irineo pasas de uva y almendras del pueblo; cuando la comenzó a batir le quedó una ponzoña oscura y sanguinolenta que no se levó y en el horno quedó aplastada como una hostia de misas negras. Con el tiempo, el viejo se dio cuenta de que ella no sabía nada de su pasado, que su memoria era velada por jaramillos y cuervos, y cierta vez le preguntó si no tenía interés en saber quién era y cómo había llegado hasta ahí; entonces, ella rompió a llorar como nunca lo había hecho hasta entonces y como nunca lo haría después y le pidió que no la echara, que a ella le gustaba estar ahí y que las ovejas eran para ella el mundo entero, que no le hacía falta nada más mientras tuviera a los animales y al viejo. Entonces el viejo la besó en los labios con sus labios secos y prietos, tal vez haya sido para confortarla. El hombre flaco y de vientre hundido que decía ser *papá* llegó unos meses después, ella estaba entablillando a un carnero que acaba de romperse la pata al despeñarse en la quebrada, y *papá* la abrazó como si ella estuviera muerta y con el abrazo fuera a revivir y ella se quedó fría y asustada y empezó a gritar: “¡Don Cósimo! ¡Don Cósimo!”. Pero *papá* tenía papeles y ella tenía catorce años y al parecer se llamaba *Emma Castellanos* y la sacó de ahí y se la llevó sin que ella pudiera opinar ni decir una sola palabra en favor suyo. Después *papá* le pegaría, pero a ella no le habían dolido los golpes y ahora eso no tenía ninguna importancia. En el largo y callado viaje de regreso, una sola

---

**Teissen ddu**  
Torta negra  
galesa.

---

**Ponzoña**  
Veneno.

certeza la atormentaba: sin duda, ella jamás volvería a ver al viejo, y él, ¿qué recuerdo guardaría de ella? Y ella, ¿qué recuerdo iría a guardar de él?

\_\_\_\_\_ **Emparrado**  
*Armazón que sostiene la parra.*

En la fiesta había guirnaldas amarillas y rojas de papel colgando del emparrado, había *felicidad*, y fue una gran comilona. *Papá* había asado un lechón con la ayuda de un peón, ella preguntó tímidamente a *papá* si él mismo había matado al cerdo, y él le contestó que no sabía degollar un animal y que nadie de su familia había sido nunca capaz de hacerlo porque se desmayaban a la vista de la sangre. Este conocimiento la dejó muy pensativa. No habían cerrado ni quitado los ojos al lechón, y parecía que los miraba penetrantemente como diciendo: Esto que veo me lo llevo para el otro mundo. Había muchos invitados; los más felices y los que más aplaudían eran los parientes cercanos, las dos *abuelitas*; otros murmuraban a su paso como aves agoreras que solo pudieran pronosticar el mal; estaba también el doctor que la atendía, que de cuando en cuando comía con las manos y se limpiaba los dedos grasientos en una servilleta que se había colgado en la pechera. Había logrado –y para ella era casi un triunfo– darse vuelta cuando la llamaban *Emma* y responder a ese nombre que le sonaba ajeno y desconocido entre los desconocidos. Los dos perros blancos de *papá*, el galgo y el otro, se pusieron a correr como desaforados debajo de las mesas a la busca de alguna sobra del cerdo; luego, junto con un perro malandrín que llegó de fuera, iniciaron una rebatiña por una costilla, que el *tío Jorge* hubo de acallar pegando unos tiros al aire. Entre el lechón y el postre (tortas de miel para los golosos y mandarinas y peras para los otros) se bailó;

*mamá* estaba tan contenta que hasta la sacó a bailar a ella después de abrir el baile con *papá*, y todos enmudecieron al ver que ella, que al parecer en el pasado había sido tan buena bailarina, era ahora incapaz de dar un solo paso bueno. Sin embargo, *mamá* no se amedrentó, *mamá* era una mujer de fuego para criar a sus hijas y las amaba incommensurablemente. Vino entonces el *tío Huberto*, que era un cincuentón y se puso con paciencia y voluntad a enseñarle a ella los pasos; pero ella estaba ya cansada y no aprendió ninguno. Entonces sacó a bailar a *su hermana Sofía*, que se había puesto el vestido de seda blanca que había pertenecido a la *abuelita Rosa*, y *el tío* se dedicó a apretarle la cintura de una forma tal que *mamá* hubo de llamarle la atención y puso a la chica a bailar con el padre mientras ella, *mamá*, bailaba con el *tío Huberto*. De cuando en cuando, ella miraba a *su hermana mayor* y le costaba darse cuenta de que no era ella misma: tan iguales eran, tan parecidas a *papá*. *La hermana mayor* solo había sacado de *mamá* las caderas, que son esos huesos que contienen el bajo vientre y donde, después del huesito dulce, la carne se abre para formar las nalgas. A ella le parecía que no había heredado nada de *mamá*, ni de esa parte de la familia, pero la *abuelita Rosa* decía que tenía la nariz respingona y la boca fruncida como *Blanquita*, una hija que se le había muerto en la niñez. *Su hermana mayor* vino y la besó espontáneamente, como se besan los pies del Cristo en las iglesias: la huella de sus labios pintados de coral le quedó estampada en la mejilla; los demás también la llenaron de besos. Comió una mandarina que le supo ácida, y caminó un poco hasta el gallinero, desde donde la miraba muy altivo el enorme gallo rojo que

cantaba cada día a las cuatro de la mañana. La *nana* le había conseguido a ella dos gallinitas azules para que las cuidara y atendiera; la pobre vieja había comprendido que a ella se le había despertado el mismo gusto por los animales que tenía cuando muy pequeña; le estaba agradecida a la *nana* por eso. Enseguida la alcanzó el doctor, le preguntó cómo se sentía y si tenía ganas de hablar con él de alguna cosa en especial; ella lo detestaba y miró hacia el otro lado, donde caía el sol y pronto iba a ser la anochecida, tanto había durado la fiesta, y el doctor aprovechó y se cubrió la boca con la mano derecha para disimular un eructo. *Mamá y la hermana menor* iban y venían sirviendo té de boldo para la digestión y también llevaron naipes a los hombres, que de inmediato se pusieron a jugar; *papá* era muy querido, lo dejaban barajar y dar las cartas a cada ratito. *Mamá* todo el tiempo la vigilaba de reajo, como si temiera que ella pudiera volver a saltar la valla para huir de nuevo, o porque temía que alguien, con palabras duras, la lastimara: *mamá* era una persona que se podía, sin lugar a dudas, llegar a querer. *Papá* siguió con los ojos a la

\_\_\_\_\_ *hermana menor*, como si la *hermana menor*  
**Lontananza** hubiera sido un pájaro en lontananza al que  
*A lo lejos.* el cazador le ha perdonado la vida y lo mira ir  
 con orgullo, y vio que ella salía de la fiesta y  
 se iba hacia el establo chico donde estaban la yegua y su  
 potrillo –el potrillo que iba a ser para la *hermanita*– y sus  
 ojos se nublaron y dijo a los otros hombres: ella es mi pol-  
 lita. La *hermanita*, al volver, ruborizada y con sus ojitos  
 de ratón ablandados por alguna emoción, besó a *papá* con  
 el amor con que hubiera besado a un amante clandestino,  
 cruzó unas palabras con él y él la palmeó en la parte gorda

de la *cadera*, con la clase de palmada que se da a un perro cuzco. Al cabo de un rato, *la hermana menor* vino hasta ella, después de haberla rehuido durante la última semana, para no mencionar la fiesta en que se alejaba de los sitios donde ella estaba como de la peste, y le habló mirándola directamente a los ojos, como haría un sargento con su soldado. Había salido ya la primera estrella y ella la estaba contemplando; brillaba débilmente, hacía grandes esfuerzos para que la intensidad de su brillo creciera: era como una cría de oveja recién nacida. Yo creo, dijo *la hermanita*, que estás fingiendo, y pienso que tus razones tendrás y que no quieres decírnoslas. Pero yo necesito saber y que me digas si estás fingiendo: *Emma*, dijo, y ella la miró clavando sus ojos claros en los ojitos preocupados de *la hermanita*, ¿vos de verdad seguís sin acordarte de nada? Ella masticó la palabrita: Sí. Y *la hermanita* continuó: ¿Y nunca vas a acordarte de nada?; y ella apoyó la palabrita en el paladar y la zarandeó como a un caramelo de limón para darla vuelta y pasarla debajo de la lengua, y no se atrevió a contestar.



Este cuento se publicó en *Esta no es mi noche*.

---

#### Si te gustó...

*Lo innombrable*, cuento de Howard Phillips Lovecraft; *Playa quemada*, cuento de Gustavo Nielsen; *Nosotros, los Caserta*, novela de Aurora Venturini; *Los pichiciegos*, novela de Rodolfo Fogwill; *Stranger things*, serie dirigida por Matt y Ross Duffer; *Nazareno Cruz y el lobo*, película dirigida por Leonardo Favio.



## Cosas imposibles

### Cuentos fantásticos y de terror

Muchas personas comparten con Cortázar el “sentimiento de lo fantástico”, la convicción de que nuestra vida cotidiana está llena de grietas por las cuales puede filtrarse cualquier cosa inesperada, inexplicable. Un hecho casual nos sorprende, nos perturba y nos obliga a preguntarnos hasta dónde llega nuestra percepción. Entonces dudamos, nos inquietamos. La duda es la esencia de lo fantástico y nace de la incógnita que cualquier relato fantástico deja siempre colgando en el aire, como un hilo de seda que jamás lograremos atrapar.

ISBN 978-987-8915-03-6



9 789878 915036

[librosycasas.cultura.gob.ar](http://librosycasas.cultura.gob.ar)

